



La novela del adolescente miope
Gaudeamus



Mircea Eliade

Introducción y traducción del rumano a cargo de
Marian Ochoa de Eribe



IMPEDIMENTA



La novela del adolescente miope

PRIMERA PARTE

I. TENGO QUE ESCRIBIR UNA NOVELA

Como me he quedado solo, he decidido empezar hoy mismo *La novela del adolescente miope*. Trabajaré todas las tardes. No necesito inspiración; tan sólo tengo que escribir mi vida; mi vida ya la conozco y llevo mucho tiempo pensando en la novela. Dinu ya lo sabe; conservo mis cuadernos desde que estaba en cuarto, cuando tenía pecas, como los judíos, y estudiaba química en un laboratorio instalado en la hornacina de la estufa. Siempre que me parecía que tenía que estar triste, escribía mi *Diario*. Y aquel *Diario* de hace dos años tenía un «tema»: tenía que reflejarse en él la vida de un adolescente que sufría por la incomprensión de los demás. Pero la verdad era otra: el *Diario* me halagaba y alentaba mi deseo de venganza; una venganza justa, pensaba yo, contra aquellos que no me entendían.

La novela la escribiré de otra manera. El protagonista soy yo, naturalmente. Me da miedo, sin embargo, que mi vida —asfixiada entre niños y libros— no interese a los lectores. Para mí, todo lo que no he tenido, todo lo que he deseado

desde mi buhardilla en atardeceres cálidos y perturbadores, es mucho más precioso que los años que mis compañeros han malgastado en juegos, en fiestas familiares y en idilios. Pero ¿y los lectores?... También yo comprendo que el sufrimiento de un adolescente miope no conmoverá a ningún espíritu si ese adolescente no se enamora y no sufre. De ahí que pensara también en un personaje al que al principio bauticé como Olga. Le conté a Dinu todo lo que tenía que suceder a través de la presencia de esta chica. Dinu me interrumpió y me suplicó que, si de verdad era su amigo, cambiara el nombre de la heroína por el de Laura.

En un principio me angustié bastante porque no sabía *cómo tenía que ser* la chica que iba a conquistar el espíritu del adolescente miope. Yo sólo he conocido a las hijas del zapatero de al lado, que en ningún caso pueden aparecer en una novela. La mayor, Maria, era delgada y mala; aterrorizaba a sus hermanos, robaba albaricoques verdes y gritaba con toda su alma cuando corría detrás del tranvía. La otra, Puica, era gorda y desaseada. Ninguna de ellas podía seducir a un adolescente. Esto nadie lo puede entender mejor que yo.

Dinu confesó que me podía ayudar. Ha conocido a muchas chicas, según afirma. Pero ¿cómo voy a escribir yo una novela con una heroína conocida por Dinu? Así que he decidido escribir pensando en mi prima. Desde hace unas semanas, siempre que me encuentro con ella le hago preguntas. También le comenté a Dinu que mi prima se encuentra sometida a observación.

—Si quieres escribir una novela —me aconsejó ella—, haz que el protagonista sea guapo y bueno. Y que se llame Silviu.

Cuando le desvelé el título y el tema de la novela, no le gustaron. Ella quería que hubiera dos protagonistas, uno guapo y otro feo. Y que el título fuera *Amor de niño* o *Flor de primavera*.

o *A los diecisiete años*. Todas mis explicaciones fueron en vano: «Querida Vally, se trata de una novela intelectual, con dramas interiores», etc. En vano. Y entonces escuché sus confesiones. Me han resultado muy útiles, ya que de esa manera he aprendido el vocabulario de las chicas. Y he conocido algo de sus sueños, de sus nostalgias y preocupaciones. Era como si escuchara unas declaraciones oídas mucho antes. Me decía que mi prima no se diferenciaba demasiado de las heroínas de las novelas ni de esas que cualquier espíritu, por poco exaltado que sea, es capaz de imaginar sin mucho esfuerzo. Pero ¿puedo yo saber si ésta es mi prima, ésta que se me va revelando poco a poco, animada por las confesiones?

Sé que ella sueña con conocer a una señorita que posea una hacienda, y que en la hacienda haya un hermano moreno y valiente. Él las acompañaría por el bosque, les enseñaría a cazar y las tutearía. Me confiesa que le gustaría que, una noche, entraran en la mansión unos ladrones. Ella cogería las pistolas y aparecería en el salón justo en el momento en que un gitano intentara estrangular al hermano de su amiga. Le salvaría la vida y cuidaría de él en un dormitorio blanco, con la mesita de noche repleta de frasquitos de colores. Los padres le estarían agradecidos y los dejarían solos, sonriendo.

Mi prima se detiene. No quiere decirme si se ruborizaría o si retiraría tímidamente la mano cuando el hermano de su amiga susurrara, acercándose: ¡te quiero!

¿Cómo voy a saber yo qué más piensa mi prima sobre ese chico bueno y convaleciente, velado por una hermana pequeña y una amiga hermosa...?

En cualquier caso, tengo que escribir la novela. Me lo ha dicho también Dinu: «¿Quién se atrevería entonces a suspender-te?». Quizá esté pensando con alegría en su destacado papel en

la novela. Me ha pedido que conserve su nombre, Dinu, y que su personaje sea melancólico. Por lo demás, puedo escribir lo que quiera sobre él. «Pero, ¿a quién podría interesarle un personaje así?» pienso yo, como si fuera un verdadero novelista.

En la escuela, las cosas me van cada vez peor de un tiempo a esta parte. La única esperanza es la novela que aparecerá en los escaparates este otoño. Voy a suspender, pero será por última vez. Los profesores se sentirán intimidados por mí, me respetarán y se mostrarán molestos cuando, en la sala de profesores, Vanciu decida suspenderme en matemáticas y Faradopol en alemán.

Esta semana no he tenido nada de suerte. Cada vez está más cerca el final del último semestre. El lunes nos pusieron un examen sorpresa de francés; de «gramática». Desde hace seis años, Trollo suele poner exámenes sorpresa, pero sólo de «gramática». Y yo, por supuesto, llevo seis años sin estudiar nada. También esta vez obtendré un «insuficiente», igual que ayer en la clase de alemán, cuando Faradopol me pidió que le relatara *en alemán* el primer acto de *Nathan der Weise*.¹ Desde segundo nos pide que hablemos *en alemán*. ¡Pero si nunca nos ha enseñado alemán...!

Esta mañana he salido, con aire melancólico, camino del liceo. Todos los castaños habían florecido, el día estaba despejado y yo no había hecho los deberes. Iba pensando que lo que debería hacer era escaparme a Cişmigiu.² Pero

1. *Nathan der Weise* (*Nathan el sabio*, 1779) es una de las obras más conocidas del poeta alemán Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781). Es un alegato sobre la libertad religiosa. (*Todas las notas son de la traductora.*)
2. Los jardines de Cişmigiu, con una extensión de diecisiete hectáreas, constituyen el parque más grande de Bucarest, frecuentemente nombrado en obras literarias y lugar de peregrinación dominical de los nativos de la capital rumana.

mi cartera habría resultado humillante. Y además me daba miedo que me viera algún profesor. Me entristecía pensar en lo débil, lo tímido y lo frágil que soy todavía. Me habría encantado tener una voluntad tempestuosa y huir, buscar un empleo en los puertos, dormir en barcas y recorrer otros países. Pero luego pensé que me conformaba con soñar una victoria tardía y con terminar algún día los cuadernos de mi *Diario*. Me encaminaba así, meditabundo, hacia el colegio, cuando Dinu me ha alcanzado desde atrás y me ha gritado: ¡doctor! Y eso porque soy miope y leo libros de portadas cenicientas. Él estaba feliz; había tenido un examen oral con Vanciu y le había arrancado un «suficiente». Para hoy tenemos cuatro problemas:

—... Dificiles y complicados.

Entonces he cambiado de tema. Le he dicho que mi novela tendría cuatrocientas páginas y que sería la primera de una serie que se titulará *Dacia Felix*. Yo sé que no voy a escribir nunca esa serie. Sin embargo, como tenía que olvidarme de esos problemas difíciles, le he confesado que el segundo volumen se desarrollará enteramente en un *salon de coiffeur*. Dinu se ha reído.

—Te va a resultar difícil, porque tú nunca has sido peluquero. Es mejor que sitúes el segundo volumen en un colegio de chicas.

Aquí he sido yo el que ha protestado. Le he recordado que no conozco a ninguna estudiante aparte de las de nuestra sociedad, «La musa». Mi prima, mi única fuente de inspiración, ha estudiado unos cuantos años con las monjas, pero me mira con fastidio cuando le pregunto sobre la vida del internado.

He aceptado, no obstante, publicar al final de *La novela del adolescente miope* un llamamiento a las estudiantes de los cursos superiores a fin de que me hagan llegar sus «diarios», sus

confesiones y otros comentarios. Con este material recopilado «*sur le vif*» podría construir el segundo volumen.

Al entrar en el patio del liceo, hemos tenido que olvidarnos de *La novela* y darnos prisa para que no nos descubriera el nuevo pedagogo. Hemos corrido por el pasillo y hemos subido las escaleras de cuatro en cuatro. En clase, he ocupado mi sitio en el primer pupitre y Dinu se ha escabullido, tranquilo, hacia el fondo.

Yo no tengo suerte en nada. Otros tienen suerte con las chicas, en el colegio o jugando a las cartas. Yo he renunciado con placer a tontear con las chicas y al juego de cartas, con tal de tener sólo suerte en clase. Pero ni siquiera eso tengo.

Justo cuando había terminado de copiarle a un compañero el primero —y el más fácil— de los cuatro problemas, entra Vanciu. En cuanto diviso su cuaderno de tapas negras y *en-tête* blanco noto que me flaquea el ánimo. Vanciu saluda digno e indulgente, seguro de su evidente superioridad y de nuestra desventura. Cuántas veces no me habré jurado yo, al verlo entrar, que voy a estudiar matemáticas con fervor sólo para poder enfrentarme a él con la misma mirada tranquila y segura... En mi cabeza —cuando me toma la lección— me burlo de la barriga que intenta esconder bajo el corte del chaleco. Hace ya tiempo que descubrí que Vanciu es un donjuán. Si yo fuera una chica y él fuera mi profesor de matemáticas, estoy seguro de que no podría resistirme. Me domina con su voz, con su aplomo, con su mirada y con su habilidad para resolver los problemas. Me da rabia que no me haya abofeteado nunca, para así poder odiarlo. Se contenta con llamarme «cabeza de chorlito» cada vez que confundo los signos del álgebra; y «cabeza hueca» siempre que me quedo intimidado en el encerado, fascinado por un dibujo geométrico cuyo sentido y valor tengo que encontrar y resolver.

Mientras rezábamos, me he dado cuenta de que yo también estaba rezando, pero no sé exactamente a quién. Rezaba para que Vanciu pasara la hoja del cuaderno y tomara la lección a los alumnos del final de la lista; o para que lo convocaran en el Ministerio; o para que entrara su criado y le diera una noticia inesperada que nos permitiera disfrutar de una hora libre. Quizá pidiera algo más, pero no lo recuerdo.

Por supuesto, lo primero que ha hecho es sacarme a la pizarra, a pesar de que no era el único que no había pasado todavía por el estrado. He avanzado digno, con el cuaderno, la tiza y el borrador. No quería que los demás supieran que tengo miedo de Vanciu. Por otra parte, en cuanto me acerco a la pizarra, me tranquilizo. El pánico se esfuma de repente. Miro al profesor a los ojos, imperturbable y, cuando él se inclina para controlar el cuaderno, miro condescendiente a mis compañeros sentados en sus pupitres.

—¿Cuántos problemas tenemos?

—Cuatro.

—¿Dónde están?

—No he podido hacerlos todos —respondo yo humildemente, sopesando el desprecio de las miradas de Vanciu.

—Pues entonces haga el primero. ¿Sabe el enunciado?

No lo sabía. Sin embargo, he hecho un gesto afirmativo. Vanciu ha vuelto su silla hacia mí y se ha cruzado de brazos, esperando. Lo ha entendido y ha empezado a dictarme:

—«En un círculo de radio R , el área de un arco, cuando el círculo gira en torno a un diámetro que pasa por un extremo del arco, tiene como base un círculo, cuya superficie es igual a un cuarto del área. Calcular la altura x del área».

No sabía ni por dónde empezar. No entendía nada y ni siquiera era capaz de pensar en el problema. Había clavado mi mirada en las cifras apuntadas en la esquina de la pizarra, y

había empezado a hacer muecas para que Vanciu creyera que estaba estrujándome el cerebro. Entre tanto pensaba: «¡Qué diantre!» y luego chasqueaba los dientes. Era todo lo que podía hacer.

Vanciu había decidido hacía tiempo que yo era un imbécil y me trataba con condescendencia. Quizá se hubiera dado cuenta, no obstante, de que finjo y de que no estudio nunca, y desde entonces no se deja conmover por mi estupidez. A pesar de todo, los balbuceos, el aturdimiento y los gestos fingidos en la pizarra surten efecto: Vanciu acude siempre en mi ayuda:

—¿Qué? ¿No sale?

—Tenemos un círculo...

Entonces me ha venido a la cabeza que en mi cuaderno también había intentado dibujar uno, pasando el lapicero por el borde de la tapa de un tintero. Empezaba a construir el círculo y lo borraba de nuevo para dejar que pasara el tiempo. Pero todo era inútil porque no tenía ni idea de cómo resolver el problema.

—¿Y por qué no estudia, hombre?

—Estudio, señor Vanciu, pero me lío...

—Quien se aplica...

—Yo me aplico, señor Vanciu...

—¡No me interrumpa!... Quien se aplica, no se lía...

—Ya lo sé, señor Vanciu...

—Entonces continúe.

—Lo sé, pero mire...

—Repita el enunciado.

Una larga pausa en la que los chicos aguantaban la respiración.

—¡A su sitio!

Me he sentado en mi pupitre, aliviado. En el cuaderno azulado, con fecha de 15 de mayo, Vanciu ha estampado su firma

bajo un magistral y doloroso «insuficiente». Yo he fingido seguir con atención y curiosidad los cálculos del siguiente en la lista, un italiano pelirrojo y miope, que se empeña en no llevar gafas. Éste sí que se sabía la lección. Peroraba sin descanso, y Vanciu le gritaba de vez en cuando, exasperado:

—¡Escríballo en la pizarra, hombre...!

Cuando Vanciu se ha ido, los chicos me han rodeado y me han preguntado, entre risas:

—¿Y qué vas a hacer ahora, chaval?

Les he dicho que me da igual, porque *yo soy quien soy*, y ellos, unos simples alumnos de sexto real.³ Siempre que me siento humillado, adopto un aire de superioridad y no tengo reparos en mostrar todo mi desprecio a los demás. Yo sé que se trata de una reacción infantil, pero no lo puedo evitar. Cuando me tranquilizo, me lo reprocho.

He vuelto a casa con Dinu y, por el camino, hemos planificado unos cuantos capítulos de la novela. No quería ni pensar en el nuevo «insuficiente» que mañana tendré que enseñarle a mi madre. Ambos estábamos de acuerdo en que mi única esperanza es *La novela del adolescente miope*, y en que tengo que ponerme a trabajar de inmediato.

Ahora, en cambio, después de haber escrito tantas páginas en mi cuaderno, ya no tengo valor para afrontar el primer capítulo. Se acerca la noche y mañana el día se presenta difícil. Sobre la mesa he dejado, a medio leer, *Bouvard et Pécuchet*.

3. Se refiere al bachillerato de Ciencias frente al de Humanidades.